

TAJO

CON UN MARTILLO
SE PESCAN
TRUCHAS

La que vió a la muerte en la calle de Alcalá
¿CONOCE USTED A ESTA MUJER?



Fue reina de las modistillas de Madrid y reina, también, de la MI-Carême, de París. Dicen que de lavandera del Manzanares llegó a millonaria, y que su gracia llenó el Madrid alegre y jaranero de principio de siglo. Amó apasionadamente, sin ser correspondida, a un célebre autor teatral. En cambio, sus ojos, grandes y tristes, fueron la admiración de todos los públicos de la época. Era..., en fin, muchos de ustedes ya lo sabrán; los demás pueden verlo en el reportaje que publicamos en las páginas 8 y 9 de este número.

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

60 cts.

Año III - Núm. 120
12
septiembre
1942



La
mujer
que vió
la
muerte
EN LA CALLE DE
ALCALÁ



FORNARINA, la lavandera del Manzanares que llegó a millonaria

Río más denostado jamás lo ha habido en el Mundo. Poetas de todas las generaciones se burlaron del Manzanares. Poetas y novelistas e historiadores. Porque burla—y sangrienta—es lo que escribe Alejandro Dumas en sus *Memorias* al relatar que estuvo a visitar el Puente de Toledo con su hijo y buscaron el Manzanares, sin encontrarlo. Y se burla también Victor Hugo al decir muy serio que Compostela tiene su santo: Córdoba, la de las maravillosas casas viejas, tiene su Mezquita, donde la mirada se pierde contemplando maravillas, y Madrid tiene el Manzanares. Y a chufia hay que tomar el "parte de guerra" que publicó *El Monitor*, y en el que daba cuenta que las tropas de Napoleón "atravesaron el Manzanares con el sable en la boca".

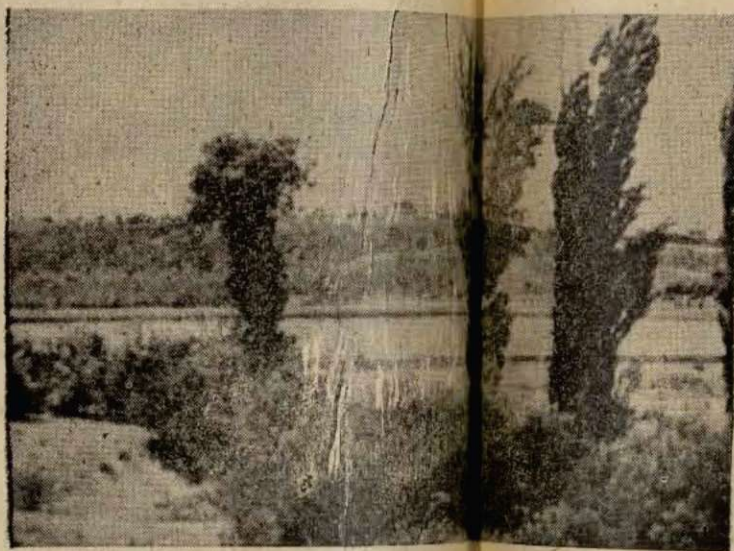
LAS NINFAS Y LA "FORNARINA"

Pero lo que más enorgullece al Manzanares es que sus alelujas han sido cuna de auténticas bellezas de la Corte. Las majas de la Pradera y de San Antonio de la Florida eran mujeres de trono. En honor al casticismo de aquellos lugares, el monumento a los Chisperos y a don Ramón de la Cruz, Barbieri, Chueca y Ricardo de la Vega, que después estuvo al final del Rastro, en las Américas, y hoy se alza en Chamberí, fué colocado primeramente en la glorieta de San Vicente, a la entrada del paseo de la Florida, habiendo asistido a la inauguración la infanta doña Isabel y muchas personalidades, entre ellas Casero y Bretón, que hicieron uso de la palabra.

Si este reportaje no resultase demasiado denso, yo alegraría al lector regocijándole con copia de las producciones poéticas que vates de todos los tiempos dedicaron a las madrileñas de la Ribera. Cadalso se siente particularmente inspirado y escribe: "Ninfas del Manzanares, —felices y adorables semidiosas,—oíd de mis pesares —los ayes y las quejas lastimosas..." Y el propio don Miguel de Cervantes se encara con su *Gitanilla*: "¿Cómo el humilde Manzanares—se pregunta—ha podido producir una maravilla así?"

En uno de los barracones de las lavanderas nació Consuelo Bello, que en el mundo del arte frívolo fué conocida y admirada

por la "Fornarina". Jamás artista alguna logró en Madrid más alta estima de los pueblos de variedades, que se embobaban ante ella. La "Fornarina" era algo consustancial con el Madrid alegre y jaranero de principio de siglo. Desde el estudiante universitario, que hacía su aprendizaje de Leyes jugando al billar en los cafetines de la calle Ancha, hasta el sesudo senador del Reino "por derecho propio", según la Constitución del 30 de



El Manzanares, "aprendiz de río", ha sido blanco de las ironías de los literatos de todos los tiempos. En uno de los barracones de las lavanderas nació Consuelo Bello, "Fornarina".

junio de 1876, a todos se les encandilaban los ojos viendo cómo la "Fornarina" jugaba con aquel triste polichinela de aserrín, tan serio y tan pálido por las altas horas de la madrugada, recamado de valiosa pedrería, pero con la tristeza del payaso tísico.

Pues sí; la "Fornarina" fué lavandera del Manzanares, y llegó, según dicen, a millonaria. Fué reina de las modistillas de Madrid y reina, también, de la Mi-Carême, de París. Sus exhibiciones se caracterizaban por una contagiosa alegría. Viéndola, uno se olvidaba de la muerte y del impuesto de cédulas personales, pongamos como ejemplo de cosas tristes y edificantes. Pero un día... Un día cayó enferma. Y la pobre Consuelo Bello se pasaba las horas muertas llorando, y con un placer morboso recordaba el barracón de la ribera del Manzanares, casi a la sombra de los cipreses de las Sacramentales, cuando ganaba 1,25 al día. ¿Y qué días más largos y más penosos!

A orillas del río nació la "Fornarina", ninfa adorada de las multitudes y aplaudida como ninguna otra por público de todas

las categorías sociales. Los intelectuales le ofrecieron un día un pequeño en homenaje de admiración al Arte, y un gráfico de la época nos representa a Consuelito, con un sombrero grande y una copa de champagne a la diestra, brindando con las ilustres figuras de la Ciencia y de las Artes. Porque, como el tablado de la vieja farandula se sentían atraídos por las exhibiciones de la "Fornarina" en aquellos días en que casi

tellano. Y ella sufría de ma. de amores. Y su pena brotaba en aquellos ojos grandes, tristes, llenos de sol, dorados como una tarde de otoño, y que un día se cerraron para siempre en el sanatorio del Rosario entre susurro de rezos y tañidos de campanas que doblaban a muerto...

LA ULTIMA COQUETERIA

Eran las once y media del 18 de julio del año de gracia de 1915. La "Fornarina", la vispera, ya operada, se mostraba optimista y hasta se burlaba de sus temores y de las recomendaciones que había hecho por si se moría. Pero volvió la fiebre, y Consuelo cayó en un sopor pesado, preludio de breve agonía. —¿Cuál es el camposanto más alegre de Madrid? Que me entierren en él—ordenó momentos antes de entrar en el quirófano.

Le dijeron que el de San Isidro. Y en la sepultura número 14 del patio de la Concepción fué inhumado el cadáver, vestido con el hábito de la Soledad, después de ser cuidadosamente perfumado, por deseo expreso de Consuelito, que a los treinta años se sublevaba contra la idea de la muerte.

Dos detalles interesantes: "El último cuplé" fué, en efecto, la última canción que salió de su boca. Aquella noche, fuertes dolores atormentaban a la "Fornarina".

—Me siento fatigada y como en visperas de una catástrofe —le había dicho a Antón del Olmet.

Ya llevaba una temporada con sobresaltos y temores supersticiosos. Diríase que, subconscientemente, presentía un rápido desenlace. Al salir del Banco de España se cruzó un día con una dama enlutada, bellísima, pero de una palidez aterradoras.

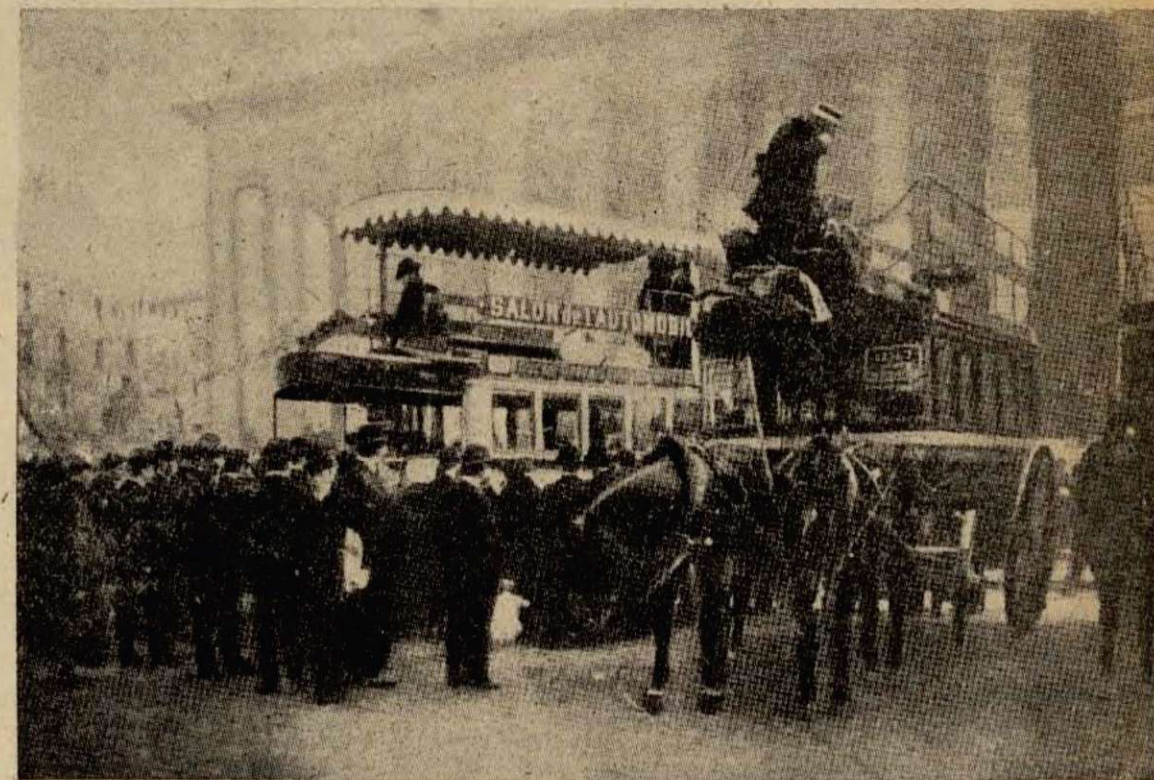
—He visto a la Muerte haciendo conquistas en la calle de Alcalá—contaba, con obsesión, a todo el mundo.

Y aquella desconocida se le presentó varias veces en las horas de delirio cuando, al anocheecer, en el sanatorio, se disolvía la tertulia de admiradores que iban a interesarse por la bellísima enfermita y ella se quedaba sola con una Hermana de la Caridad que le hablaba de Dios y de la miseria de las glorias mundanas...

José Luis GOMEZ MESIAS



¿Se inspiró Méndez Branga en la "Fornarina" para esta estampa madrileña de un Sábado de Gloria? No lo hemos podido comprobar. Pero si sabemos que un día como aquel la "Fornarina" paseaba su belleza por la calle de Sevilla. Los hombres arrojaban las capas para que sirvieran de alfombra a la gracia menuda de sus pies; otros expresaban su admiración mediante encendidos pipos, y los más suspiraban hondamente al paso de aquella mujer que lo inundaba todo de simpatía; y fué tal el alboroto producido por el entusiasmo, que el gobernador hubo de rogar a la bella que se retirase para que renaciese la tranquilidad.



He aquí una estampa del París de fin de siglo, escenario de los triunfos de la "Fornarina". El viejo ómnibus de mulas, de alto pescante y alegre cascabeleo, quedaba desplazado por el flamante ómnibus automóvil, con imperial y todo, última conquista del progreso científico, que, como ven ustedes en la fotografía, dejaba boquiabiertos a esos graves señores del hongo.